

CAPITULO VII.

Nuevos triunfos de Anibal. — Sus intrigas. — Sitio de Sagunto. — Conducta de Roma y el Senado cartaginés. — Heroica defensa de los saguntinos. — Nacimiento del hijo de Anibal. — Sublevacion de los carpetanos y oretanos. — Noble conducta de Halcon.

Al regresar de la citada expedicion, Anibal tomó la capital de los arevacos. Cuando ya se dirigia á Cartagena cargado de botin y de despojos, le salieron al encuentro, á las orillas del Tajo, los olcadas y carpetanos (cuyo número hacen ascender algunos á cien mil), los cuales en el primer ataque obtuvieron alguna ventaja sobre el enemigo y pudieron rescatar parte del botin. Pero al dia siguiente fueron completamente derrotados por las huestes de Anibal, á pesar de la bravura que desplegaron en dicha batalla, segun testimonio de Polibio.

Anibal, consecuente con el juramento que prestara ante las aras de los dioses y envidiando la prosperidad de Roma, buscaba un pretexto para encender de nuevo la mal apagada tea de la discordia entre Cartago y la soberana del Tiber.

Para conseguir sus intentos suscitó Anibal disensiones entre los de Turba, ó turboletas, y los saguntinos acerca el amojonamiento ó demarcacion de lindes en los territorios que correspondian á entrambos pueblos.

Mariana dice que la contienda fue con los turdetanos; pero D. Modesto Lafuente sostiene, y acaso con razon, que dicha tribu distaba demasiado de Sagunto, y que por lo tanto Tito Livio, á quien siguió el primero de los dos historiadores españoles que acabamos de citar, incurrió en un error.

El sucesor de Asdrúbal dió aviso al Senado cartaginés de las pretendidas injusticias de los saguntinos hacia sus vecinos los de Turba, declarando que los primeros habian infringido con sus usurpaciones territoriales ó amenazas el tratado establecido con Roma, y pidió autorizacion para vengar el insulto de Sagunto.

Parece que el Senado accedió á las pretensiones del hijo de Anibal otorgándole plenos poderes para obrar conforme se le antojara. Por lo tanto, dicho General, no dando oídos mas que á su desmedida ambicion y al odio que ardia en el fondo de su pecho contra los romanos, amigos y aliados de Sagunto, dirigióse á esta ciudad con un ejército formidable que, segun Tito Livio, ascendia á ciento cincuenta mil combatientes.

Los alarmados saguntinos enviaron mensajeros á Roma para que esta les prestara pronto y eficaz auxilio contra los cartagineses. El Senado romano se limitó á expedir embajadores á Anibal para recordarle el respeto que debía al convenio celebrado, y que era preciso que no turbara la paz, infringiendo agravios á los de Sagunto.

Contestó Anibal, entre otras cosas, á los delegados romanos que supuesto que Roma estaba obligada á defender los intereses de su aliada, Sagunto, no tenia Cartago menor obligacion de proteger á sus amigos, los turboletas, vengándoles de las injurias y violencias de sus vecinos.

Algunos suponen que antes de que el Senado romano se decidiera á enviar una embajada á Anibal, se supo en Roma que este habia ya pasado el Ebro con su gente y se hallaba sitiando á Sagunto; mientras que otros dicen que el sitio de la ciudad griega fue la consecuencia inmediata de la expresada respuesta del General cartaginés á los emisarios de las orillas del Tiber y al despido de estos.

Al dirigirse á Sagunto, Anibal devastó los campos, saqueó y tomó muchos pueblos comarcanos, respetando tan solo á Denia por el famoso templo de Diana que allí se alzaba, y acaso para dar muestras de una devocion ó reverencia que estaba muy lejos de sentir en sus adentros.

Era Sagunto, hoy Murviedro, una ciudad fuerte por su situacion, y asaz rica por el comercio que hacia por tierra y mar, del que distaba sobre dos leguas.

Anibal atacó á los saguntinos con todo el brio y fogosidad de su carácter y sus pocos años. Las máquinas de guerra á la sazón conocidas y empleadas, por ejemplo, el ariete, la catapulta y la ballesta comenzaron su obra destructora contra los muros de Sagunto y sus defensores, quienes desde el principio dieron muestras de un valor á toda prueba, y se prepararon para una defensa desesperada.

Los primeros ataques no dieron á los cartagineses el resultado que seguramente esperaban, confiados en los ingenios y medios de destruccion de que disponian. Hasta hubo momentos en que, en vista de lo tenaz y desesperado de la defensa y la esterilidad de sus esfuerzos, los sitiadores tuvieron que desamparar sus ingenios y parapetos, y quizá pensaron en desistir de su empresa y levantar el campo. El mismo Anibal acercándose cierto dia demasiado á la ciudad sitiada, y acaso por un alarde de valor, pagó cara su temeridad, recibiendo una herida en el muslo, ocasionada por un dardo ó lanza que le dispararon los sitiados desde el muro.

La herida del General cartaginés, que fue de mucha gravedad, motivó que se suspendieran las hostilidades por algunos dias.

Los saguntinos aprovecharon aquella tregua ó armisticio para enviar nuevos embajadores á Roma y exponer al Senado romano lo crítico de su situacion.

La segunda embajada que Roma envió al campamento de Anibal no obtuvo mejor éxito que la primera, pues el hijo de Anibal ni siquiera se dignó dar audiencia á los mensajeros, y hasta les aconsejó que no era prudente que se acercaran á sus reales.

La conducta de Anibal obligó á los delegados de Roma á pasar

á Cartago y dar cuenta al Senado de la metrópoli africana de los agravios y desleal proceder de los cartagineses en España.

Al debatirse esta cuestion en el Senado de Cartago no faltaron senadores que reprobaron con energía la conducta de Anibal y de la mayoría de aquel cuerpo legislativo. Entre ellos distinguióse Hannon, rival de los Barcas, quien con lenguaje sibilitico calificó de descabellada la política de Anibal en España, añadiendo que si el Senado secundaba los planes de dicho General, la ruina de Cartago era cierta é inevitable.

A pesar de ese grito de alerta tan oportuno, el Senado desechó los prudentes consejos de la minoría, y dió la culpa de los sucesos de España á los saguntinos. Esta circunstancia acabó de robustecer la autoridad de Anibal, quien, apenas restablecido de su herida, prosiguió con nuevo ardor las operaciones contra Sagunto.

Los sitiadores fueron aproximando á la ciudad sus ingenios y máquinas de batir, y hasta construyeron una especie de torre cuadrada, movable y de prodigiosa elevacion, con muchos pisos, desde donde hacian jugar todos los instrumentos de destruccion y arrojaban una lluvia de proyectiles contra la plaza sitiada.

Con los nuevos medios empleados para el ataque los cartagineses consiguieron derribar tres torres con todo el lienzo de muralla que las unia entre sí. Aprovechando tan propicia ocasion los de Cartago dieron el asalto y arremetieron por la brecha; pero los saguntinos, formando una muralla con sus cuerpos, no solo resistieron el vigoroso empuje del enemigo, sino que le rechazaron y persiguieron hasta sus mismos reales, donde apenas logró parapetarse y defenderse en los fosos y trincheras. ¡Tan grande fue el espanto que la heroica defensa de los saguntinos infundió en el ánimo de Anibal y sus huestes!

Sin embargo esta circunstancia acabó de enfurecer al caudillo cartaginés, quien resolvió hacer pagar muy cara á los sitiados su salida y la victoria que obtuvieron sobre los suyos.

Mariana dice que dicho triunfo de los defensores de Sagunto coincidió, ó poco menos, con la llegada al campamento de Anibal de los segundos embajadores romanos, quienes, despues de haber sido desairados por las palabras poco corteses de este, pasaron á Cartago, á cuyo Senado pidieron que les fuese entregado el sucesor de Asdrúbal para ser castigado como merecia su conducta. Hannon, como hemos manifestado, fue el que habló con mas energía contra los actos de Anibal; pero la mayoría de senadores se declaró á favor de este General.

Anibal concedió algunos dias de reposo á sus soldados casi rendidos de cansancio por las fatigas ocasionadas por las incesantes luchas y ataques contra los saguntinos; y mientras esto sucedia, su esposa Himilce dió á luz un hijo, llamado Aspar, cuyo nacimiento se celebró en los reales con gran contento y grandes fiestas.

Poco despues los carpetanos y oretanos se sublevaron contra los cartagineses por el rigor que estos empleaban en las quintas ó levas. Anibal tuvo que abandonar por algun tiempo su campamento para sujetar á los insurrectos; y así que hubo conseguido dicho objeto, regresó á sus reales para dirigir de nuevo las operaciones contra Sagunto.

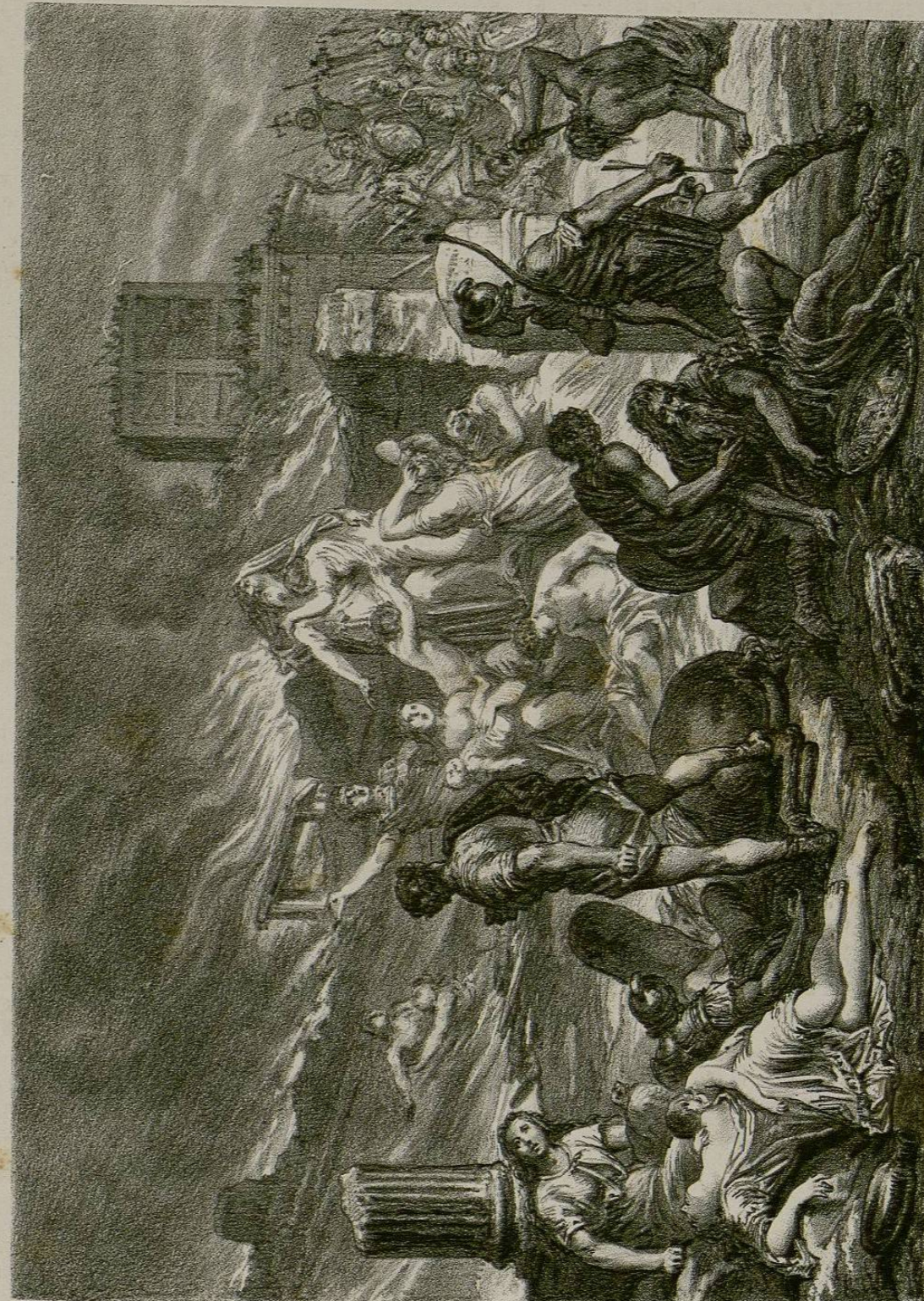
Durante su ausencia confió Anibal el mando de su ejército á su lugarteniente Maharbal, quien iba estrechando de cada dia mas á los sitiados.

Los saguntinos, aunque no habian desperdiciado, por cierto, la tregua ó plazo de que acabamos de hablar, para reparar las brechas abiertas en sus casi desplomados muros por las máquinas enemigas, y en levantar nuevas fortificaciones, conocian sin embargo que su situacion empeoraba por momentos, ya por la suma escasez de víveres, ya porque Roma diferia el socorro pedido, ya finalmente por el gran vigor desplegado por los cartagineses en el ataque, especialmente desde la vuelta de Anibal al campamento.

No obstante todo este conjunto de circunstancias, capaces de arredrar á los pechos mas varoniles y animosos, envalentonaron mas, si cabe, á los heroicos defensores de Sagunto, quienes resolvieron continuar luchando desesperadamente hasta la muerte. «La obstinacion sola los sustentaba,» dice Mariana. Y añade: «mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas acarrea la perdicion.»

Gradualmente iba estrechándose el círculo en que peleaban los sitiados; pues el enemigo no cesaba en su obra destructora, y cada dia se apoderaba de nuevos puntos, desde donde el ataque era mas mortífero y terrible.

Al ver que el peligro crecia por momentos y que la ruina de Sagunto era inminente, un ciudadano, llamado Halcon, compadecido de la horrible situacion de los sitiados, salió secretamente de la ciudad para tratar de las condiciones de la capitulacion con el enemigo. Mas como las exigencias de Anibal eran muy duras y humillantes para los vencidos (pues pretendia nada menos que estos abandonasen la ciudad llevándose solo consigo sus segundos vestidos, ó de repuesto, y fundaran un nuevo pueblo en el sitio que él mismo les designaria), el compasivo Halcon creyó, con fundamento, que los defensores de Sagunto no aceptarían tales condiciones, y resolvió quedarse en el campamento.



ASALTO Y DESTRUCCION DE SAGUNTO

CAPITULO VIII.

Alorco. — Resolución extrema y desesperada de Sagunto. — Destrucción y fin de Sagunto. — Consideraciones generales.

La conducta de Halcon sugirió al español Alorco, soldado de Aníbal, y que había recibido algunos favores de los saguntinos, la idea de introducirse en la ciudad por la brecha y reunir á los principales, á quienes manifestó que si bien las condiciones eran muy duras y vergonzosas, con todo debían reflexionar que no les quedaba otro remedio para salir del paso y salvar sus vidas.

Las palabras de Alorco llevaron hasta el colmo la indignación del pueblo de Sagunto, el cual desde entonces prefirió mil veces perecer, antes que entregarse arbitrariamente á su déspota dominador.

Al ver frustradas todas sus esperanzas, y acosados tanto por la fuerza del hambre como por el hierro enemigo, los saguntinos intentaron una salida nocturna, en la cual acometieron á sus contrarios con todo el furor de la desesperación. Horrible debió de ser aquella noche en que sitiados y sitiadores luchaban denodadamente cuerpo á cuerpo, y con la sangre que chorreaba de sus heridas empapaban un suelo que cubrían de cadáveres, y estremecían con sus pisadas, el horrendo choque de sus armas y sus salvajes alaridos.

La victoria era de todo punto imposible por parte de los saguntinos; el cansancio, la debilidad y extenuación de sus cuerpos, y probablemente la inmensa inferioridad numérica con que peleaban á la sazón, hacían impotentes todos sus esfuerzos, y eran la granítica roca á donde iban á estrellarse su proverbial heroísmo y bizarría.

Al día siguiente, el sol, al levantarse sobre el horizonte, tenía que alumbrar un espectáculo indescriptiblemente horroroso.

Sagunto, si así podemos expresarnos, iba á echar el resto de su desesperación. Una inmensa hoguera, á la que se arrojaron la mayor parte de sus moradores con cuantas alhajas y riquezas poseían, sin distinción de sexo, edad, ni condición, con los torrentes de llamas que despedía de su volcánico seno, debía hacer palidecer la luz del día y reducir á cenizas muchos millares de seres humanos y de preciosos objetos. Algunos habitantes prefirieron morir hundiéndose un puñal en el pecho, y otros fueron pasados á cuchillo por los vencedores, quienes en el último asalto se habían posesionado de algunos puntos ventajosos de la ciudad.

Mariana dice que Aníbal y los suyos, al penetrar en la derruida é incendiada Sagunto, pudieron recoger aun algunas preseas (que respetó el fuego, ó que los saguntinos no tuvieron acaso tiempo de quemar), y las mandaron á Cartago. Mas si se atiende á lo largo y desesperado de la defensa, no parece fuera de razón el suponer que ante los ojos de los cartagineses no debía ofrecerse casi otra cosa que gigantescos y horribles montones de escombros y de cadáveres, calcinados ó consumidos por el fuego.

Tal fue el trágico desenlace del sangriento y pavoroso drama que acabamos de describir. La inmortal sombra de Sagunto se levanta sobre el panteón de la historia como un anatema fulminado contra la injusticia é iniquidad de Cartago y la criminal inacción y apatía del Senado romano.

El sitio de Sagunto duró ocho meses, y la toma ó readición de dicha ciudad tuvo lugar sobre el año 537 de la fundación de Roma, que corresponde al 216 antes de la era cristiana.

El sacrificio y hecatombe de los saguntinos fue el guante arrojado por los cartagineses á la soberbia Roma, y que esta debía recoger. ¡Cuántos ejemplos nos ofrece la historia en que siempre el débil es víctima de la criminal ambición de los potentados de la tierra!

Las dilaciones y embajadas del Senado romano, que indignaron á los mismos habitantes de Roma, originaron el tan sabido proverbio de: *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur.*

Es materia controvertida si los saguntinos eran oriundos de España ó pertenecían á alguna de las razas griegas que vinieron mas tarde á nuestra Península; pero aun en este último caso (y supuesto que hacía ya mas de cuatro siglos que habitaban sus costas, cuando fueron sacrificados por los cartagineses), no nos parece que deba haber inconveniente alguno en darles carta de naturaleza y en que su heroísmo resplandezca con inmarcesible brillo en la radiante auréola de las glorias españolas.

Segun el parecer de algunos historiadores, solo la sexta parte de los sitiadores de Sagunto eran cartagineses; los restantes, ó sea la inmensa mayoría, pertenecían á distintas tribus españolas que se habían aliado con Cartago por temor de no caer bajo el yugo de Roma. De suerte que al hacer armas contra los saguntinos no les impulsaba probablemente otro móvil ni se proponían otro objeto que destruir el poder de los romanos en España y poner á salvo su amenazada independencia.

Sin embargo, no creemos inverosímil la creencia de que entre los soldados peninsulares de Aníbal había un buen número que se hallaban bajo el dominio de Cartago y eran arrastrados por fuerza á los combates.

El asedio de Sagunto, por la importancia del hecho y las consecuencias que podía traer consigo, debió de interesar vivamente á la España entera y originar dos inmensos y opuestos partidos. Créese que los iberos eran partidarios de los cartagineses, al menos en su generalidad. Partiendo de este principio, puede supo-

nerse que durante el asedio de Sagunto, además de sus ciudadanos, debieron de hallarse y luchar dentro de sus muros muchas gentes naturales de la Iberia que preferían el yugo, ó cuando menos el poder, del Capitolio al de Cartago. De ahí que se crea que sitiados y sitiadores componían dos grandes y formidables ejércitos que estaban sin cesar en pugna para aniquilarse mutuamente.

La cuestión magna que se ventilaba á la sazón era la de si España debía ser cartaginesa ó romana; puesto que estos dos rivales y poderosos pueblos constituían los dos escollos de Scyla y Caribdis donde tenía al fin que estrellarse necesariamente la nave de la independencia española.

Refiere Mariana que una parte de los muros de Sagunto, que no estaba edificada con cal sino con barro, fue demolida durante el memorable sitio de dicha ciudad por quinientos africanos provistos de picos y palancas.

Tito Livio dice (ignoramos con qué fundamento) que las murallas de Sagunto estaban construidas solo con piedras y barro, siendo por lo tanto fáciles de derribar.

Créese que la base de dichos muros, como los antiguos de Tarragona, era de construcción ciclópea, y su parte superior celta ó romana.

Por los imponentes restos ó ruinas de Sagunto y lo que nos refiere la historia de los varios y terribles asaltos que dieron los cartagineses y los no menos terribles medios que emplearon en sus ataques, puede casi inferirse que las fortificaciones de aquella plaza eran de lo mas sólido que nos ofrece la antigüedad en este género.

Honda sensación y no menos profundo disgusto causó al pueblo romano la noticia de la toma de Sagunto que se propaló por Roma al mismo tiempo que regresaban los embajadores de su expedición al campamento de Aníbal y á Cartago.

Acusábase al Senado romano de lentitud y flojedad. Los senadores se culpaban á sí mismos de su inhumana conducta hacia sus aliados de la vispera, hoy víctimas inmoladas en aras de la ambición cartaginesa. ¡Vana acusación! tardío arrepentimiento! Los escombros de Sagunto serán siempre un borron indeleble en los anales de la soberana del Capitolio, y al indagar las causas que produjeron la ruina de aquella ciudad, el ánimo permanecerá siempre perplejo é indeciso entre la injusticia de Cartago y la indiferencia de Roma, no atreviéndose á dar su definitivo é inapelable fallo sobre una cuestión de la mas alta importancia y trascendencia para el mundo antiguo.

Roma no podía ya continuar en la inacción ni retroceder: el reconocimiento de su enorme falta, la opinión pública, la sangre de los saguntinos, y los gravísimos peligros que la estaban amenazando, reclamaban imperiosamente la guerra.

Conocían los romanos la audacia de Aníbal, las excelentes condiciones de su ejército y los inmensos recursos de que podía disponer; y todo esto les hacía concebir serios temores acerca los futuros planes del hijo de Amílcar, á quien creían ver ya traspasando los Alpes con su gente y avanzando triunfante hasta las mismas puertas de Roma. ¡A tal grado de exaltación y zozobra habían llegado sus ánimos en vista de las asombrosas hazañas del General cartaginés!

Resolvióse, pues, la declaración de guerra, y al efecto se hicieron á toda prisa levadas y armamentos en la Italia entera. Encomendóse á los ancianos y á las mujeres el implorar en los templos la protección y asistencia de los dioses á favor de las armas capitolinas. Además aprestóse una considerable flota.

Sin embargo, Roma, como si quisiera patentizar á los ojos del mundo la justicia de su causa, envió primeramente cinco embajadores á Cartago para preguntar al Senado de esta ciudad si la destrucción de Sagunto se había consumado con su consentimiento, ó si debía atribuirse exclusivamente á Aníbal.

La respuesta del Senado cartaginés adoleció de la misma ambigüedad que las anteriores; en vista de lo cual uno de los cinco emisarios romanos (y probablemente el principal), Quinto Fabio Máximo, plegando la falda de su toga y extendiendo el brazo, Traemos la paz ó la guerra, dijo, á vosotros os toca la elección; y habiéndole contestado que él mismo decidiese: ¡la guerra! exclamó soltando la ropa.

Los embajadores romanos pasaron luego á España, donde consiguieron entablar algunas relaciones y contraer alianzas con los burgueses y algunas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro. Los vicios á quienes los romanos pretendían atraer á su partido, no solo se opusieron á ello, sino que les echaron en cara su deslealtad hacia los saguntinos, y les dijeron que fueran á buscar aliados allí donde la suerte de Sagunto fuera ignorada. De otros pueblos hispanos merecieron igual ó semejante acogida.

Disgustados de tantos desdenes recorrieron la Galia Narbonense para preparar el terreno á favor de Roma y contrariar los propósitos de Aníbal. Pero tampoco allí fueron mas afortunados de lo que habían sido en muchas comarcas de España. Así, pues, los emisarios romanos tuvieron que regresar á su patria, embarcándose en Marsella.



EXPEDICION DE ANIBAL A ITALIA.

Hoya Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.